

»Espero, señor conde, las órdenes del rey. Supongo que me habrá enviado usted un correo después de la llegada del señor de Montebello a París. Me urge recibir, o el anuncio de un embajador extraordinario, o mis nuevas credenciales, con las instrucciones del gobierno.

»¿Vendrán los cinco cardenales franceses? Políticamente hablando, su presencia aquí es innecesaria. He escrito al cardenal monseñor de Latil ofreciéndole mis servicios en el caso de que se decidiera a venir.

»Tengo el honor, etc.

»P. D. Adjunta remito copia de una carta que me ha enviado el conde de Funchal. No he contestado por escrito a dicho embajador, y únicamente he ido a conferenciar con él.»

CARTAS A LA SEÑORA DE RECAMIER. — MIS DESPACHOS AL CONDE DE PORTALIS. — EL MARQUÉS CAPPONI.

«Roma, lunes 23 de febrero de 1829.

»Ayer terminaron las exequias del papa. La pirámide de *papel* y los cuatro candelabros eran bastante hermosos, porque eran de inmensas proporciones y llegaban a la cornisa de la iglesia. El último *Dies iræ* fué admirable. Es composición de un hombre ignorado que pertenece a la capilla del papa y que me parece tener un genio de especie diferente al de Rossini. Hoy hemos pasado de la tristeza a la alegría, cantando el *Veni Creator* para la apertura del cónclave; después iremos a ver todas las tardes si se han quemado los escrutinios y si sale humo de cierta estufa: el día en que no salga humo, el papa habrá sido elegido, e iré a buscar a usted: ahí tiene toda la esencia de mi asunto. El discurso del rey de Inglaterra es muy insolente para Francia. ¡Qué deplorable expedición ha sido la de Morea! ¿Se principia ya a conocerlo? El general Guilleminot me ha escrito una carta sobre este asunto, que me ha hecho reír: no ha podido escribirme de esa manera sino en la persuasión de que voy a ser ministro.»

«25 de febrero.

»La muerte reina aquí: Torlonia marchó ayer tarde, después de dos días de enfermedad: le vi muy barnizado, sobre su lecho mortuario, con la espada al lado.

Prestaba sobre prendas, ¡pero qué prendas!; antigüedades, cuadros encerrados confusamente en un antiguo palacio lleno de polvo. No es ése el almacén donde el avaro guardaba un *laúd de Bolonia provisto de todas sus cuerdas o poco menos, la piel de un lagarto de tres pies y su cama de cuatro pies con bandas de punto de Hungría.*

»Sólo se ven difuntos a quienes pasean vestidos por las calles: regularmente pasa uno por bajo de mis ventanas, cuando nos ponemos a comer a la mesa. Por otra parte, todo anuncia la separación de la primavera: la gente empieza a dispersarse; marchando a Nápoles, de donde volverá por un momento para Semana Santa, después se separará para siempre. El año próximo vendrán otros viajeros, otros semblantes, otra sociedad. Hay algo de triste en ese paso sobre ruinas: los romanos son como los escombros de su ciudad: el mundo pasa a sus pies. Me figuro a esas personas volviendo al seno de sus familias, en los diferentes países de Europa, a esas jóvenes *misses* regresando entre sus nieblas. Si por casualidad dentro de treinta años alguna de ellas vuelve a Italia, ¿quién recordará haberla visto en los palacios, cuyos dueños ya no existirán? San Pedro y el Coliseo; eso es cuanto ella misma podría reconocer.»

AL CONDE DE PORTALIS.

«Roma, 3 de marzo de 1829.

»Señor conde: Habiendo llegado mi primer correo a Lyon el 14 del mes pasado, a las nueve de la noche, habré podido enterarse el 15 por la mañana, por el telégrafo, de la muerte del papa. Nos hallamos hoy a 3 de marzo, y me encuentro aún sin instrucciones y sin respuesta oficial. Los periódicos han anunciado la marcha de dos o tres cardenales. He escrito a París al cardenal de Latil, poniendo a su disposición el palacio de la embajada, y le vuelvo a escribir todavía a diferentes lugares de su camino para renovarle mis ofrecimientos.

»Siento verme obligado a decirle, señor conde, que noto aquí algunas pequeñas intrigas para alejar a nuestros cardenales de la embajada, y alojarlos en donde puedan estar más al alcance de las influencias que se espera ejercer sobre ellos.

A la señora Recamier.

«Roma, 3 de marzo de 1829.

»Me sorprende usted con la historia de mi excavación: no recordaba haberle escrito nada tan bueno sobre el particular. Estoy, como lo presume usted, sumamente ocupado: encontrándome sin dirección ni instrucciones, me veo obligado a hacer todo por mí mismo. Creo, no obstante, que puedo prometerme un papa moderado e ilustrado. Quiera Dios que sea nombrado al terminar la interinidad del ministerio del señor de Portalis.»

«4 de marzo.

»Ayer, miércoles de ceniza, me encontraba solo de rodillas en la iglesia de *Santa Croce*, que descansa sobre las murallas de Roma cerca de la puerta de Nápoles. Escuchaba el cántico monótono y lúgubre de los religiosos en el interior de aquella sociedad, y hubiera deseado también estar cubierto de un saco y cantar entre aquellas ruinas. ¡Qué sitio para dejar en paz la ambición y contemplar las vanidades de la tierra! No le hablo de mi salud, porque esto es sumamente fastidioso. Mientras que yo padezco, me dicen que el señor de la Ferronnays se cura, que hace excursiones a caballo, y que su convalecencia pasa en el país por un milagro: quiera Dios que así sea y vuelva a tomar la cartera acabando la interinidad. ¡Cuántas cuestiones cortaría esto para mí!

AL CONDE DE PORTALIS

«15 de marzo de 1829.

»Señor conde: he tenido el honor de comunicarle la llegada sucesiva de los cardenales franceses. Tres de ellos, monseñores de Latil, de la Fare y de Croy me han hecho el honor de apearse en mi casa. El primero entró en cónclave el jueves 12, por la tarde, con el señor cardenal Isoard: los otros dos se encerraron en la tarde del 13.

»Les he participado todo cuanto sabía y comunicándoles notas importantes sobre la minoría y la mayoría del cónclave y sobre los sentimientos de que se hallan animados los diferentes partidos. Hemos acordado que apoyarían a los can-

»Por lo que a mí concierne, eso me es del todo indiferente: yo haré a los cardenales todos los servicios que estén en mi mano. Si me preguntan sobre cosas que es bueno conocer, les diré lo que sepa; si usted me transmite para ellos órdenes del rey, se las comunicaré; pero si llegaran aquí en un espíritu hostil a las miras del gobierno de S. M.; si se trasluce que no caminan de acuerdo con el embajador del rey; si tuvieran un lenguaje contrario al mío; si llegaran a dar sus votos en el cónclave a algún hombre exagerado; si estuvieran divididos entre sí, no habría cosa más funesta. Más valdría para el servicio del rey que yo presentara mi dimisión inmediatamente, que ofrecer ese espectáculo público de nuestras discordias. Austria y España tienen, con respecto a su clero, una conducta que no deja campo a la intriga. Todo eclesiástico, cardenal u obispo, austriaco o español, no puede tener otro agente ni corresponsal en Roma que el embajador mismo de su nación; éste tiene el derecho de hacer salir de Roma a todo eclesiástico de su patria que le suscitase obstáculos.

»Espero, señor conde, que no habrá ninguna división; que los cardenales tendrán la orden formal de someterse a las instrucciones que no tardaré en recibir de usted; que sabré cuál de ellos será el designado para ejercer la exclusión, en caso necesario, y quiénes los comprendidos en esa exclusión.

»Es muy conveniente estar sobre aviso: los últimos escrutinios han anunciado el renacimiento de un partido. Este partido, que ha dado de veinte a veintidós votos a los cardenales de la Marmora y Pédicini, constituye lo que se llama la facción de Cerdeña. Los otros cardenales, asustados, quieren dar todos sus sufragios a Oppizzoni, hombre enérgico al par que moderado. Aunque austriaco, es decir, milanés, se ha tenido firme con Austria en Bolonia. Esta sería una elección excelente. Los votos de los cardenales franceses podrían, fijándose en uno de los candidatos, decidir la elección. Con razón o sin ella se cree a esos cardenales enemigos del sistema actual del gobierno del rey, y la facción de Cerdeña cuenta con ellos.

»Tengo el honor, etc.»



didatos de que ya hablé a usted, a saber: los cardenales Cappellari, Oppizzoni, Benvenuti, Zurla, Castiglioni y, en fin, Pacca y De Gregorio; rechazando a los cardenales de la facción sarda, Pedicini, Giustiniani, Galleffi y Cristaldi.

»He descubierto, señor conde, despreciables y peligrosas intrigas manejadas de París a Roma por conducto del nuncio, señor Lambruschini. Se trataba, nada menos, que de hacer leer en pleno cónclave la copia de supuestas instrucciones secretas, divididas en muchos artículos, y dadas, según se aseguraba, con la mayor impudencia, al cardenal Latil. La mayoría del cónclave se ha pronunciado fuertemente contra semejantes maquinaciones, y hubiera deseado que se escribiese al nuncio rompiendo toda clase de relaciones con esos hombres de discordia, que, perturbando a Francia, concluirían por hacer odiosa a todos la religión católica. Estoy haciendo, señor conde, una colección de esas revelaciones auténticas, y se la enviaré a usted después de la elección del papa: esto valdrá más que todos los despachos del mundo. El rey aprenderá a distinguir sus amigos y sus enemigos, y el gobierno podrá apoyarse sobre hechos propios para dirigirle en su marcha.

»Los conclavistas que acompañan a nuestros cardenales me han parecido hombres de razón: sólo el abate Coudrin, de quien me ha hablado usted, es uno de esos espíritus compactos y estrechos, en los que nada puede entrar; uno de esos hombres que equivocaron la profesión. No ignora usted que es fraile, jefe de la orden, y hasta tiene bulas de institución.

»Podría suceder que el papa fuera elegido a fin de esta semana. Pero si los cardenales franceses dejan frustrar el primer efecto de su presencia, será imposible señalar un término al cónclave. Nuevas combinaciones producirían, tal vez, un nombramiento inesperado, y quizá, para concluir, se arreglen con cualquier cardenal insignificante, tal como Dandini.

»Me he encontrado, señor conde, en diferentes épocas en circunstancias difíciles, ya como embajador en Londres, ya como ministro durante la guerra de España, ya como miembro de la Cámara de los Pares, ya como jefe de la oposición; pero nada me inquietó tanto como mi posición actual en medio de todos los géneros de intrigas. Necesito ejercer mi

acción sobre un cuerpo invisible, encerrado en una prisión cuyas avenidas están estrictamente guardadas. No tengo ni dinero que dar, ni destinos que prometer: las pasiones caducas de una cincuentena de viejos, no me ofrecen puntos vulnerables que atacar. He de combatir la necedad en unos, la ignorancia del siglo en otros, el fanatismo en éstos, la astucia y la doblez en aquéllos: la ambición, los intereses y los odios políticos, en casi todos, y estoy separado por paredes y por misterios de la asamblea en que fermentan tantos elementos de división. A cada momento varía la escena, a cada cuarto de hora noticias contradictorias vienen a sumergirme en nuevas perplejidades. No es por darme importancia, señor conde, por lo que le hablo de estas dificultades, sino para que me sirva de excusa en el caso de que la elección dé por resultado un pontífice contrario a lo que parece prometer y a la naturaleza de nuestros deseos.

»Tengo el honor, etc.»

A la señora Recamier.

«Roma, 17 de marzo de 1829.

»El rey de Baviera vino a verme de frac. Hemos hablado de usted. Ese soberano griego, al llevar una corona, parece saber lo que tiene sobre su cabeza, y comprender que no se ata el tiempo a lo pasado. Come en mi mesa este jueves y no quiere a nadie.

»Por lo demás, nos encontramos en medio de grandes acontecimientos: hay que hacer un papa. ¿Qué será? ¿Pasará la emancipación de los católicos? En Oriente una nueva campaña: ¿de parte de quién se pondrá la victoria? ¿Nos aprovecharemos de esa posición? ¿Quién dirigirá nuestros asuntos? ¿Hay alguna cabeza capaz de comprender todo lo que se encierra en eso para Francia y aprovecharlo según los acontecimientos? Estoy convencido de que ni siquiera se piensa en ello en París, y que entre los salones y las cámaras, los placeres y las leyes, los goces del mundo y las inquietudes ministeriales, nadie se ocupa de Europa. Ayer fui a pasearme con una especie de tempestad por el antiguo camino de Tivoli. Llegué al antiguo suelo romano, tan bien conservado, que no parece sino que se ha hecho de nuevo. No obstante, Horacio había pisado las pie-

dras que yo pisaba; ¿dónde está Horacio?»

El marqués Capponi, al llegar de Florencia, me llevó cartas de recomendación de sus amigos de París. Contesté a una de ellas el 21 de marzo de 1829:

«He recibido sus dos cartas: los servicios que puedo prestar son muy pequeños, pero estoy enteramente a sus órdenes. No sé lo que habrá sido del marqués Capponi; pero le participo que está gallardo y se ha sostenido bien contra los años. No he podido contestar a su primera carta llena de entusiasmo por el sublime Mahmud y por la barbarie disciplinada, por esos esclavos apaleados convertidos en soldados. Que las mujeres profesen gran admiración a hombres que se casan a la vez con centenares de ellas, y que consideran eso como un progreso de las luces y de la civilización, lo concibo; pero yo me atengo a mis pobres griegos, y quiero su libertad como la de Francia: deseo también fronteras que protejan París, que aseguren nuestra independencia, y no es con la triple alianza del palo de Constantinopla, el cuchillo de Viena y con los puñetazos de Londres con lo que tendréis la orilla del Rin. Gracias por la pelliza de honor que nuestra gloria podría obtener del invencible jefe de los creyentes, que no ha salido todavía de los barrios del serrallo. Mas quiero esa gloria completamente desnuda: es mujer y hermosa: Fidas se hubiera guardado bien de ponerle una bata turca.»

A la señora Recamier.

«Roma, 21 de marzo de 1829.

»Tengo razón contra usted! Ayer fui, entre dos escrutinios y en tanto que hubiera papa, a San Onofre; son dos narajos los que hay en el claustro, y no una encina verde. Estoy muy orgulloso con esa fidelidad de mi memoria. Corrí casi con los ojos cerrados a la pequeña piedra que oculta a su amigo: la quiero más que al gran sepulcro que se le va a erigir. ¡Qué agradable soledad! ¡Qué vista tan admirable! ¡Qué felicidad la de reposar allí entre los frescos del Dominicano y los de Leonardo de Vinci! Quisiera estar allí: nunca me he sentido con mayores tentaciones. ¿La han dejado entrar en el interior del convento?

¿Vió en un largo corredor aquella cabeza admirable, aunque medio borrada, de una madona de Leonardo de Vinci? ¿Ha visto en la biblioteca la careta del Taso, su corona de laurel marchita, el espejo de que se servía, su tintero, su pluma y una carta escrita de su puño, pegada a una tabla colgada debajo de su busto? En esa carta, de una letra menuda y con borrones, pero fácil de leer, habla de amistad y del viento de la fortuna: éste no había soplado hacia él, y la amistad le faltó con frecuencia.

»No hay papa todavía, y le aguardamos de hora en hora; pero si la elección se ha retrasado; si de todas partes han surgido obstáculos, no es mía la culpa: hubiera sido necesario haberme escuchado un poco más, y no obrar, precisamente, en sentido contrario de lo que parecía desearse. Por otra parte, ahora se me figura que todo el mundo quiere estar en paz conmigo. El mismo cardenal Clermont-Tonnerre acaba de escribirme reclamando mis antiguas bondades para con él, y después de todo eso, baja de mi casa resuelto a votar por el papa más moderado.

»Ha leído usted mi segundo discurso. Agradézcaselo al señor Kératry, que ha hablado con tanto encomio del primero: espero que aun quedará más contento del último. Ambos procuraremos hacer cristiana a la libertad, y lo conseguiremos. ¿Qué dice usted de la respuesta que me dió el cardenal Castiglione? ¿Estoy bastante elogiado en pleno cónclave? No habría hablado usted mejor en sus días de mimo.»

«24 de marzo de 1829.

»Si hubiera de dar crédito a los rumores de Roma, tendríamos papa mañana; pero estoy en un momento de desaliento, y no quiero creer en semejante felicidad. Ya comprenderá usted que ésta no sería la felicidad política, la alegría de un triunfo, sino la felicidad de quedar libre y estar a su lado. Cuando la hablo tanto del cónclave, estoy como las personas que tienen una idea fija y suponen que el mundo no se ocupa más que de esa idea; y, no obstante, en París, ¿quién piensa en el cónclave? ¿quién se ocupa de papa ni demás tribulaciones? La ligereza francesa, los intereses del día, las discusiones de las Cámaras, las ambiciones conmovidas, tienen otras cosas que hacer.



»Desde la carta que me anunciaba la prórroga de la licencia del señor de La Ferronnays y su marcha a Roma, nada he sabido, y creo, sin embargo, cierta la noticia.

»El señor Terry me ha escrito desde Hyères una carta interesante: me dice que se muere, y quiere un puesto en la Academia de las Inscripciones, para lo cual me pide que escriba a su favor. Mi excavación continúa proporcionándome sarcófagos: la muerte no puede dar sino lo que tiene. El monumento del Poussin adelanta: será noble y elegante. No puede usted imaginarse lo bien que se acomoda a un bajo relieve el cuadro de los Pastores de Arcadia, y lo adecuado que es a la escultura.»

«28 de marzo.

»El cardenal de Clermont-Tonnerre, que se detuvo en mi casa, entra hoy en el cónclave; éste es el siglo de las maravillas. Tengo junto a mí al hijo del mariscal Lannes y al nieto del canciller; los señores de *El Constitucional* se sientan a mi mesa al lado de los señores de *La Cuotidiana*. Esa es la ventaja de ser uno sincero: dejo a cada cual que piense como quiera, con tal de que me concedan la misma libertad; únicamente procuro que mi opinión tenga mayoría, porque la encuentro, como es lógico, mejor que las demás. A esa sinceridad es a lo que atribuyo la inclinación que tienen las opiniones más divergentes a aproximarse a mí; ejerzo con ellas el derecho de asilo, y no se las puede prender bajo mi techo.»

AL DUQUE DE BLACAS. — CARTAS A LA SEÑORA RECAMIER. — DESPACHOS AL CONDE DE PORTALIS. — CARTA AL CARDENAL MONSEÑOR DE CLERMONT-TONNERRE.

*Al señor duque de Blacas.*

«Roma, 24 de marzo de 1829.

»Siento mucho, señor duque, que una frase de mi carta haya podido producirle alguna inquietud. No tengo absolutamente nada por qué quejarme de un hombre de juicio y de talento (el señor Fuscaldó), que no me dijo más que lugares comunes de diplomacia. Nosotros los embajadores, ¿decimos acaso otra cosa? En cuanto al cardenal de quien me hace usted el honor de hablarme, el gobierno

francés no designó particularmente a nadie, remitiéndose enteramente a lo que yo le he dicho. Siete u ocho cardenales moderados o pacíficos que parecen reunir las simpatías de todas las cortes, son los candidatos entre quienes deseamos ver fijarse los sufragios. Como no tenemos la pretensión de imponer una elección a la mayoría del cónclave, rechazamos con todas nuestras fuerzas y por todos los medios tres o cuatro cardenales fanáticos, intrigantes o incapaces a quienes apoya la minoría.

»No tengo, señor duque, ningún medio posible para hacer llegar a usted esta carta: por lo tanto, me contento con enviarla por el correo, porque nada contiene que usted y yo no podamos reconocer públicamente.

»Tengo el honor, etc.»

*A la señora Recamier.*

«Roma, 31 de marzo.

»Ha llegado el señor de Montebello, y me ha traído la carta de usted, con otras del señor Bertin y del señor Villemain.

»Mis excavaciones van bien: encuentro una porción de sarcófagos vacíos, y podré elegir uno para mí, sin que mis cenizas se vean precisadas a arrojar las de los antiguos cadáveres, que el viento se ha llevado ya. Estos sepulcros ofrecen el espectáculo de una insurrección, y, sin embargo, no atestiguan sino una muerte más profunda. No es la vida, sino la nada, la que los ha dejado desiertos.

»Para terminar mi pequeño diario del momento, le diré que anteayer subí a la bola de San Pedro, durante una tempestad. No puede usted imaginarse el efecto del ruido del viento en medio del cielo, alrededor de aquella cúpula de Miguel Angel, y encima de ese templo de los cristianos que anonada a la antigua Roma.»

«31 de marzo por la noche.

»¡Victoria! Tengo uno de los papas a quienes había puesto en lista: es Castiglione, el mismo cardenal a quien apoyaba para el pontificado en 1823, siendo yo ministro, el que me contestó últimamente en el cónclave de 1829 prodigándome infinitos elogios. Castiglione es moderado y adicto a Francia; ha sido un triunfo completo. El cónclave, antes de separarse, ha mandado escribir al nuncio

a París manifestándole que exprese al rey la satisfacción que al Sacro Colegio habla merecido mi conducta. Ya he enviado la noticia por el telégrafo. El prefecto del Ródano es el conducto intermedio de esta correspondencia aérea, y ese prefecto es el señor Brosses, hijo del conde de Brosses, el ligero viajero en Roma, tan frecuentemente citado en las notas que reuno al escribirle. El correo que le llevará esta carta lleva también mi despacho al señor de Portalis.

»¿Cuándo no me ocuparé más que en concluir las memorias de mi vida, y mi vida también, como última página de mis *Memorias*? Mucho lo necesito: estoy muy cansado: el peso de los días aumenta, haciéndose sentir sobre mi cabeza: quiero engañarme llamándolo un reumatismo; pero no se cura de éste. Una frase me sostiene cuando la repito: hasta muy pronto.»

AL CONDE DE PORTALIS

«Roma, 2 de abril de 1829.

»Señor conde: El cardenal Albani ha sido nombrado secretario de Estado, según tuve el honor de manifestarle en mi primera carta, llevada a Lyon por el correo a caballo, despachado en la tarde del 31 de marzo. El nuevo ministro no agrada ni a la facción sarda, ni a la mayoría del Sacro Colegio, ni aun a Austria, porque es violento, antijesuita, rudo en su aspecto, e italiano antes que todo. El cardenal Albani, rico y excesivamente avaro, está mezclado en toda especie de empresas y especulaciones. Ayer fui a hacerle mi primera visita: así que me vió, me dijo: «Estoy hecho un cochino (estaba, en efecto, muy sucio). Ya verá usted que no soy un enemigo.» Le transmito, señor conde, sus propias palabras. Le respondí que estaba muy lejos de mirarle como enemigo. «A ustedes — repuso —, les falta agua y no fuego. ¿No conozco, acaso, el país de ustedes? ¿No he vivido en Francia? (En efecto, hablaba en francés como un francés.) ¿Estará contento, y su amo también? ¿Cómo está el rey? Buenos días. Vamos a San Pedro.»

»El cardenal Albani es hombre de talento, falso por carácter y franco por su genio; su violencia desenmascara su astucia, y se puede sacar partido de él lisonjeando su orgullo y satisfaciendo su avaricia.

»Pío VIII es muy sabio; sobre todo en materia de teología: habla el francés, pero con menos facilidad y gracia que León XII: tiene el lado derecho atacado de una semiparálisis y sufre convulsiones; el supremo poder le curará. Será coronado el domingo próximo, día de la Pasión, 5 de abril.

»Ya, señor conde, que el principal asunto que me detenía en Roma está terminado, le agradecería infinito que me obtuviese de la bondad de S. M. una licencia de algunos meses. No haré uso de ella hasta después de haber depositado en manos del papa la carta en que el rey conteste a la que Pío VIII le ha escrito: va a escribirse para anunciarle su elevación a la silla de San Pedro. Permítame que solicite nuevamente en favor de mis dos secretarios de legación, señores Bellocq y de Givré, las gracias que le he pedido para ellos.

»Tengo el honor, etc.»

*Al cardenal monseñor de Clermont-Tonnerre.*

«Roma, 28 de marzo de 1829.

»Monseñor: No pudiendo ponerme en comunicación con sus colegas los cardenales franceses, encerrados en el palacio de Monte-Cavallo; viéndome obligado a preverlo todo en ventaja del servicio del rey y en interés de nuestra patria, y sabiendo cuántos nombramientos inesperados han tenido lugar en los cónclaves, me veo, con harto sentimiento en la desagradable necesidad de confiar a su eminencia una exclusión eventual.

»Aun cuando el cardenal Albani no parecía tener ninguna probabilidad, no deja de ser por eso un hombre de capacidad, en quien, si la lucha se prolonga, pudiera ponerse los ojos; pero el cardenal es el encargado en el cónclave de las instrucciones de Austria: el conde de Lutzwow en su discurso lo designó ya oficialmente con este carácter. Ahora bien: es imposible permitir que sea elevado a la silla pontificia un cardenal que pertenezca abiertamente a una corona, lo mismo la de Francia que cualquiera otra.

»Por lo tanto, monseñor, le encargo, en virtud de mis plenos poderes, como embajador de S. M. C., y tomando sobre mí solo toda la responsabilidad, que dé la exclusión al cardenal Albani, si por un evento fortuito o por una combinación



secreta llegara a obtener la mayoría de los sufragios.

»Soy, etc., etc.»

Esta carta de exclusión confiada a un cardenal por un embajador que no estaba autorizado para ello formalmente, era una temeridad en diplomacia; era eso para hacer estremecer a todos los hombres de Estado a domicilio, a todos los jefes de sección, a todos los primeros escribientes, y a todos los copistas del ministerio de Estado; pero ya que el ministro ignoraba sus atribuciones hasta el extremo de no pensar siquiera en el caso eventual de exclusión, me era forzoso pensar en ello por él. Supóngase que Albani hubiera sido elegido papa por casualidad; ¿qué habría sido de mí? Me habría perdido para siempre como hombre político.

Digo esto, no por mí, pues me cuido muy poco de la reputación de hombre político, sino para la generación futura de los escritores a quienes se haría gran ruido con mi accidente, expiando mi desgracia a expensas de su carrera, como se dan azotes al menino cuando el señor Delfin comete alguna torpeza. Pero no hay que admirar demasiado mi previsora osadía al tomar sobre mi responsabilidad la carta de exclusión: lo que parece un mundo, calculado por la pequeña escala de sus añejas ideas diplomáticas, no era nada en realidad en el orden actual de la sociedad. Aquella osadía nacía en mí, por un lado, de mi insensibilidad por toda desgracia, y, por otro, de mi conocimiento de las opiniones de mi época: al mundo, tal como se halla hoy día, no se le importa un bledo de la elección de un papa, de las rivalidades de las coronas, ni de las intrigas del interior de un cónclave.

AL CONDE DE PORTALIS.

*Confidencial.*

«Roma, 2 de abril de 1829.

»Señor conde: Tengo el honor de remitirle hoy los documentos importantes que le anuncié. Son nada menos que el diario oficial y secreto del cónclave. Está traducido palabra por palabra del original italiano, y no he hecho desaparecer de él más que lo que pudiera indicar con demasiada precisión las fuentes de don-

de he adquirido las noticias. Si se trasluciese la menor cosa de estas revelaciones, de que no hay ejemplo ninguno, costaría la fortuna, la libertad y tal vez la vida a muchas personas. Esto sería tanto más deplorable, cuanto que estas revelaciones no son debidas al interés ni a la corrupción, sino a la confianza en el honor francés. Por lo tanto, este documento debe permanecer secreto para siempre, después de leído en el consejo del rey, porque a pesar de las precauciones que he tomado suprimiendo los nombres y quitando las alusiones directas, todavía dice lo bastante para comprometer a sus autores. He añadido a él un comentario a fin de facilitar su lectura. El gobierno pontificio tiene la costumbre de llevar un registro, donde anota día por día, y, por decirlo así, hora por hora, sus decisiones, sus fases y sus actos. ¡Qué tesoro histórico si se pudiera registrar en él, remontando hacia los primeros siglos del pontificado! Se me ha franqueado un momento en cuanto a la época actual. El monarca verá, por los documentos que le transmito a usted, lo que no se ha visto nunca: el interior de un cónclave; podrá conocer los sentimientos más íntimos de la corte de Roma, y los ministros de S. M. no caminarán a oscuras.

»Excusándome cualquiera otra reflexión el comentario que he hecho del diario, sólo me resta ofrecerle la nueva seguridad de la alta consideración con que tengo el honor, etc., etc.»

*A la señora Recamier.*

«Roma, miércoles 8 de abril de 1829.

»He tenido hoy a comer a todo el cónclave. Mañana recibiré a la gran duquesa Elena. El martes de Pascua doy un baile por haberse terminado las sesiones, y en seguida pienso prepararme para ir a verle a usted; juzgue de mi ansiedad; en el momento en que le escribo no he recibido todavía noticias de mi correo a caballo anunciando la muerte del papa, y, no obstante, el papa está ya coronado y León XII olvidado: he reanudado mis asuntos con el nuevo secretario de Estado, Albani; todo marcha como si nada hubiese sucedido, y hasta ignoro si se sabe en París que hay ya nuevo pontífice. ¡Qué hermosa es la ceremonia de la bendición pontificia! La Sabina en el ho-

rizonte, en seguida la campiña desierta de Roma, después la misma Roma, luego la plaza de San Pedro, y, por último, todo el pueblo prosternándose de rodillas bajo la mano de un anciano: el papa es el único príncipe que bendice a sus súbditos.»

«Miércoles Santo, 15 de abril.

»Salgo de la capilla Sixtina, después de haber asistido a las tinieblas y oído cantar el *Miserere*. Recordaba que me había usted hablado de esta ceremonia y esa circunstancia realzaba para mí su interés.

»El día caminaba a su ocaso: las sombras invadían lentamente los frescos de la capilla, y sólo se distinguían algunos grandes trazos del pincel de Miguel Angel. Los cirios, apagados sucesivamente, dejaban escapar de su llama extinguida un ligero humo blanco, imagen bastante natural de la vida, que la Escritura compara a un *leve vapor*. Los cardenales estaban de rodillas, el nuevo papa prosternado en el mismo altar donde algunos días antes había yo visto a su predecesor: la admirable oración de penitencia y misericordia que había sucedido a las lamentaciones del profeta se elevaba por intervalos en el silencio de la noche. Sentíame como anonadado entre el gran misterio de un Dios que moría por borrar los crímenes de los hombres. Allí estaba la católica heredera, sobre sus siete colinas, con todos sus recuerdos; pero en vez de aquellos pontífices poderosos, de aquellos cardenales que disputaban la preferencia a los reyes, un pobre papa anciano, paralítico, sin familia y sin apoyo, unos príncipes de la Iglesia sin esplendor, anunciaban el fin de un poder que civilizó al mundo moderno. Las obras maestras de las artes desaparecían con él, y se borraban de las paredes y de las bóvedas del Vaticano, palacio medio abandonado. Extranjeros curiosos, separados de la unidad de la Iglesia, asistían de paso a la ceremonia, reemplazando a la comunión de los fieles. Una doble tristeza se apoderaba del corazón. Roma cristiana, al hacer conmemoración de la agonía de Jesucristo, parecía celebrar la suya propia, repitiendo para la nueva Jerusalén las palabras que Jeremías dirigía a la antigua. Hermosa cosa es Roma para olvidarlo todo, despreciarlo y morir.»

*Al conde de Portalis.*

«Roma, 16 de abril de 1829.

»Señor conde: Las cosas se van desenvolviendo aquí en los términos en que se lo hacía presentir a usted: las palabras y los actos del nuevo pontífice están en perfecta armonía con el sistema pacificador seguido por León XII. Pío VIII va aún más lejos que su predecesor, expresándose con más franqueza acerca de la Carta, cuyo nombre no teme pronunciar, y aconseja al mismo tiempo a los franceses que sigan su espíritu. Habiendo escrito el nuncio nuevamente sobre nuestros asuntos, ha recibido secamente la orden de ocuparse de los suyos. Todo se arregla para el concordato de los Países Bajos, y el conde de Celles terminará su misión el mes próximo.

»El cardenal Albani, en una posición difícil, se ve obligado a expiarle: las protestas que me hace de su adhesión a Francia lastiman al embajador de Austria, que no puede ocultar su mal humor. Bajo el aspecto religioso nada hemos de temer del cardenal Albani: hombre éste muy poco religioso, no será inducido a perturbarnos, ni por su propio fanatismo ni por las opiniones moderadas de su soberano.

»Referente al aspecto político, no será con una intriga de policía y una correspondencia en cifra con lo que se escamoteará hoy Italia: dejar ocupar las legaciones o poner guarnición austriaca en Ancona, bajo un pretexto cualquiera, sería conmovier Europa y declarar la guerra a Francia, y no estamos ya en 1814, 1815, 1816 y 1817; no se satisface impunemente a nuestra vista una ambición ávida e injusta. Que el cardenal Albani reciba una pensión del príncipe de Metternich; que sea pariente del duque de Módena, a quien piensa dejar su enorme fortuna; que esté tramando con este príncipe un pequeño complot contra el heredero de la corona de Cerdeña; todo esto, es cierto, habría sido peligroso en la época en que los gobiernos secretos y absolutos hacían marchar obscuramente a los soldados detrás de un oscuro despacho; pero hoy, con gobiernos públicos, con la libertad de imprenta y de la palabra, con el telégrafo y la rapidez de todas las comunicaciones, con el conoci-



miento de los negocios difundido entre las diversas clases de la sociedad, estamos a cubierto de los juegos de cubilete y de las sutilezas de la antigua diplomacia. Sin embargo, no hemos de perder de vista que un *encargado de negocios de Austria*, secretario de Estado en Roma, tiene inconvenientes: hasta hay ciertas notas (como, por ejemplo, las relativas al poder imperial en Italia) que no se podrían poner en manos del cardenal Albani.

»Nadie ha podido averiguar todavía el secreto de un nombramiento que desagrade a todo el mundo, y hasta al gabinete de Viena. ¿Tendrá relación esto con intereses extraños a la política? Se afirma que el cardenal Albani ofrece en este momento al padre santo adelantarle doscientos mil duros que el gobierno de Roma necesita: otros aseguran que esa suma la prestaría un banquero austriaco. El cardenal Macchi me decía el sábado último que no queriendo Su Santidad volver a tomar al cardenal Bernetti, y deseando, sin embargo, darle un alto puesto, no había hallado otro medio de arreglar las cosas que dejar vacante la legación de Bolonia. Pequeñas dificultades llegan con frecuencia a ser motivos de las más importantes revoluciones. Si la versión del cardenal Macchi es cierta, todo cuanto dice y hace Pío VIII para *satisfacción* de las coronas de Francia y Austria no sería más que una razón aparente, medio por el cual trataría de encubrir a sus propios ojos su debilidad. A más de eso, nadie cree en la duración del ministerio de Albani. En cuanto se ponga en relaciones con los embajadores, surgirán dificultades por todas partes.

»Respecto a la posición de Italia, señor conde, hay que leer con precaución lo que le escribían de Nápoles o de otras partes. Es cierto, desgraciadamente, que el gobierno de las Dos Sicilias ha caído en el último grado de desprecio. El modo cómo vive la corte, en medio de sus guardias, asustada siempre, perseguida por los fantasmas del miedo, y no ofreciendo por todo espectáculo más que ruinosas cacerías y suplicios, contribuye más y más a envilecer el trono de aquella nación. Pero se toman por *conspiraciones* lo que es sólo un malestar general, el producto del siglo, la lucha de la vieja sociedad con la nueva, el combate de la decrepitud de las rancias instituciones contra la energía de las genera-

ciones nuevas; en una palabra, la comparación que hace cada cual de lo que es con lo que podría ser. No podemos ocultarlo; el gran espectáculo de Francia poderosa, libre y feliz, ese gran espectáculo que hiera la vista de las naciones que han quedado o vuelto a caer bajo el yugo, excita los sentimientos o alimenta las esperanzas. La mezcla de los gobiernos representativos y de las monarquías absolutas no puede ser durable: es preciso que unos u otras perezcan, que la política tenga un nivel igual, lo mismo que en tiempo de la Europa gótica. La aduana de una frontera no puede separar ya la libertad de la esclavitud: un hombre no puede ser ya ahorcado en la orilla de un arroyo por principios que se reputan como sagrados en la otra orilla. En este sentido, y sólo en este sentido, señor conde, hay *conspiración* en Italia, y en este sentido es también en el que Italia es *francesa*. Desde el momento en que entre en el goce de los derechos que su inteligencia columbra y que la marcha progresiva del tiempo le lleva, estará tranquila y será puramente italiana. No serán unos pobres diablos de *carbonarios* excitados por manejos de policía y ahorcados sin misericordia los que sublevarán este país. Se da a los gobiernos las ideas más falsas de las cosas; se les impide hacer lo que debieran para su seguridad, mostrándoles siempre como conspiradores particulares de un puñado de jacobinos lo que sólo es efecto de una causa permanente y general.

»Tal es, señor conde, la situación verdadera de Italia. Cada uno de sus Estados, además del trabajo común de los ánimos, se encuentra atormentado por alguna enfermedad local; el Piamonte está entregado a una facción; el Milanesado está devorado por los austriacos; los dominios del papa se hallan arruinados por la mala administración de la hacienda; las contribuciones suben a cerca de cincuenta millones y no dejan al propietario el uno por ciento de sus rentas; las aduanas son improductivas; el contrabando es general; el príncipe de Módena ha establecido en su ducado (lugar de franquicia para todos los antiguos abusos) depósitos de géneros prohibidos, y hace entrar éstos por las noches en la legación de Bolonia.

»Ya le he hablado de Nápoles, en donde la debilidad del gobierno sólo se salva por la cobardía de las poblaciones.

»Esta carencia de valor militar es lo

que prolongará la agonía de Italia. Napoleón no tuvo tiempo para hacer revivir ese valor en la patria de Mario y de César. Los hábitos de una vida ociosa y la dulzura del clima contribuyen bastante a quitar a los italianos del Mediodía el deseo de agitarse para estar mejor. Las antipatías nacidas de las divisiones territoriales aumentan las dificultades de un movimiento interior; pero si de fuera llegase algún impulso o si algún príncipe del lado acá de los Alpes otorgara una Carta a sus súbditos, tendría lugar una revolución, porque todo está madurado para ello. Más felices estos pueblos que el nuestro, e instruidos por nuestra experiencia, economizarían los crímenes y las desgracias de que tan pródigos hemos sido.

»Espero, señor conde, recibir pronto la licencia que le pedí; tal vez haré uso de ella. En el momento, pues, de dejar Italia, he creído deber someter a su consideración algunas observaciones generales para fijar las ideas del consejo del soberano, y a fin de tenerle prevenido contra los informes de talentos limitados o de pasiones ciegas.

»Tengo el honor, etc.»

«Roma, 16 de abril de 1829.

»Señor conde: Los cardenales franceses desean saber qué suma se les abonará por sus gastos y su estancia en Roma: me han rogado muchas veces que le escriba sobre el particular; por lo tanto, le estaré infinitamente obligado si me instruye lo más pronto posible de la decisión del rey.

»Por lo que a mí respecta, señor conde, cuando tuvo usted a bien concederme un subsidio de treinta mil francos, no supo que se alojara en mi casa ningún cardenal; pero el señor de Clermont-Tonnerre se ha establecido en ella con toda su comitiva, compuesta de dos conclavistas, un secretario eclesiástico, otro seglar, un ayuda de cámara, dos criados y un cocinero francés, además de un mayordomo romano, un maestresala, tres lacayos, un cochero, y todo ese tren italiano que un cardenal se ve obligado a tener aquí. El arzobispo de Toulouse, que no puede andar, no come a mi mesa, y se necesitan dos o tres comidas a diferentes horas, carruajes y caballos para los comensales y amigos. Mi respetable huésped no abonará seguramente sus gastos aquí; se marchará, y sólo me que-

darán sus cuentas; tendré que pagar, no solamente las del cocinero, lavandera, alquilador de carruajes, etc., etc., sino también la de los cirujanos que curan la pierna de monseñor, del zapatero que hace sus zapatillas blancas y encarnadas, y del sastre que ha *confeccionado* los manteos, las sotanas, los cuellos, el traje completo del cardenal y sus eclesiásticos.

»Si a esto se une, señor conde, mis dispendios extraordinarios por gastos de representación antes, durante y después del cónclave, aumentados por la presencia de la gran duquesa Elena, del príncipe Pablo de Wurtemberg y del rey de Baviera, encontrará usted, sin duda, que los treinta mil francos que me ha concedido se habrán gastado con creces. El primer año del establecimiento de un embajador es ruinoso, siendo inferiores a las necesidades los subsidios destinados al objeto. Son necesarios casi tres años de permanencia para que un agente diplomático pueda encontrar el medio de satisfacer las deudas contraídas antes y ponga sus gastos al nivel de sus ingresos. No desconozco la penuria del presupuesto del ministerio de Estado: si tuviera por mí mismo alguna fortuna, no le importaría: le aseguro que no hay cosa que más me repugne que estos detalles de dinero, en los que una rigurosa necesidad me obliga a entrar, bien a pesar mío.

»Reciba, señor conde, etc.»

FIESTA DE LA VILLA MÉDICIS POR LA GRAN DUQUESA ELENA.—MIS RELACIONES CON LA FAMILIA BONAPARTE. — DESPACHO AL CONDE DE PORTALIS. — PRESUNCIÓN.— PÍO VII.

Yo había dado bailes y reuniones en Londres y en París, y aunque hijo de otro desierto, no atravesé mal del todo aquellas nuevas soledades; pero no había sospechado lo que podían ser las fiestas en Roma: éstas tienen algo de la poesía antigua, que coloca la muerte al lado de los placeres. En la *villa Médicis*, cuyos jardines son ya un adorno, y en donde recibí a la gran duquesa Elena, la perspectiva es magnífica: por una parte, la *villa Borghese*, con la casa de Rafael; por otra, la *villa* de Monte Mario y los sotos que costean el Tíber; a los pies del espectador, Roma entera, como un antiguo nido de águilas abandonado.